

XV

Mme. Honoria á Clara.*Madrid, Julio de 18...*

He recibido, mi inolvidable y querida niña, la amable carta de usted, y con ella una gran alegría al saber que no se olvida de mí.

Me dice que su suerte se va á fijar para siempre y de una manera que llena todos los deseos de usted y de su buena y tierna madre; ahora debo decirle yo que ese joven, elegido por su familia y por la de usted para ser el compañero de su vida; ese joven que usted me pinta con los bellos y radiantes colores del entusiasmo, hace mucho tiempo que me es conocido, y sé que puede llenar, en cuanto á figura, nacimiento y educación, el corazón más exigente.

Pero, hija mía, ¿sucede lo mismo en cuanto á su carácter? ¿Puede decirse otro tanto de sus sentimientos? No lo sé, ni me atrevería á afirmárselo.

Su madre ha sufrido bastante con su carácter descontentadizo, voluble, impresionable: hace largo tiempo que conozco y aprecio á la señora Mariscalá, por ser muy amiga de su madre de usted.

Pero aún tengo otro motivo para desconfiar del carácter de César: su ayo es antiguo amigo mío, y por mi recomendación se encargó de dirigir su educación. Mi querida Clara, yo sé que leerá usted con secreto enojo lo que voy á decirle, porque cuando el amor ciega nuestros ojos, no deja lugar alguno para la reflexión; pero créame usted, porque es mi deber decirle la verdad: amo á todas las jóvenes que he educado lo mismo que si fueran mis hijas, y á mi hija hablaría del mismo modo que voy á hacerlo á usted.

Clara, ese joven no le conviene. Los caracteres de ambos difieren mucho, y los defectos son los mismos en los dos: él es vano, soberbio, y como niño mimado, está lleno de caprichos; quiere ser el primero en todo y para todo; hará de su mujer la sacerdotisa de su belleza—que es, por cierto, muy notable,—y todo su cariño quedará helado bajo el soplo de su egoísmo.

Usted, hija mía, gusta también de ser alabada y lisonjeada; conoce su valor, y quiere que todos lo conozcan igualmente; y como usted tiene mucho talento, altivez y exacto raciocinio, pronto hallará muy ridículo á un marido que, como el Narciso de la fábula, sólo piensa en adorarse á sí mismo.

Para vivir feliz con César, se necesita ser una de esas mujeres sin corazón, que no tienen apego alguno á su hogar, y que se casan para alcanzar libertad completa, como si el matrimonio no fue-

se una cadena, por más que esté tejida con flores algunas veces; pero usted no podría ser dichosa á su lado: si á usted le tocase en suerte un hombre bueno, fuerte, noble, digno y al mismo tiempo afable; un hombre superior, en fin, podría hacer de usted una de las criaturas mejores y más dichosas. Usted obedecerá al verdadero mérito y á la hermosa fuerza del convencimiento; jamás á la ridícula vanidad ni á la fuerza brutal del derecho.

Clara mía, los que la han acusado tanto, no la conocen como yo: yo sé que hay en su alma un inmenso caudal de sentimiento y de ternura; pero yo sé también que esa alma hermosa sólo se abrirá, como una magnífica y perfumada flor, á quien lo merezca y al sol radiante del amor: nunca se abrirá para César de Montemar. Usted necesita un hombre que valga mucho, y Montemar vale muy poco, y desde luego, inmensamente menos que usted.

A los diez y ocho años es usted más niña que otras á los quince, por la especial educación que ha recibido y también por la vehemencia de sus impresiones. Lo que más temo para usted en esa unión que se le prepara, es el horrible mal del hastío: ¡qué cosa tan triste debe ser el conocer, después de unido á él con lazos indisolubles, la pequeñez del hombre á quien se amaba! ¡Qué triste cosa será el tener que despreciarle!

Yo diré á usted algo de lo que, á mi parecer,

constituye las penosas obligaciones de la esposa buena, y verá cuán preciso es elegir con cordura para llenarlas, no sólo sin esfuerzo, sino con placer.

Hay muchas mujeres que dicen: «Yo, con ser fiel á mi marido, hago bastante: á esto se halla reducido mi deber. Siéndole fiel, ya puedo dejarme llevar de los excesos de mi carácter irascible; puedo dilapidar cuanto gana; puedo vestir á mi gusto, aunque sea con despilfarro; puedo descuidar del todo mi casa y mis hijos; ir adonde quiera; ser habladora, exigente, desaseada, iracunda, imprudente; ser, en fin, el eterno tormento de mi marido y de toda mi familia, porque para eso soy fiel á la fe conyugal.»

¡Desgraciadas! ¡Cuánto se engañan!

No hay duda que la fidelidad es el primer deber de la esposa; pero luego le quedan otros infinitos que cumplir.

Paréceme á mí que la mujer puede ser el demonio ó la alegría de su hogar, y veo muchas que eligen ser lo primero, porque no saben ser lo segundo.

Todo el poder de la mujer consiste en la gracia, en la medida, en la benignidad; sus armas son el ruego y la sonrisa; su escudo las lágrimas; sus auxiliares la coquetería y las habilidades, y el talento, su constante protector.

Hay jóvenes muy agradables antes de casarse, y que cautivan de veras el corazón de un hombre;

pero así que se casan, ¡qué cambio tan deplorable se advierte en sus costumbres y en su carácter! A la elegancia que ocultaba los leves defectos de su figura, sucede la incuria, que los aumenta y los deja en toda su desnudez; á las habilidades, la vulgar soñolencia de la velada y el manifiesto hastío de la casa y de sus deberes; á la amabilidad, el constante mal humor; á la sonrisa, la expresión del fastidio y de la displicencia; y si el esposo las reconviene con moderación, le contestan con acritud, y achacan á falta de cariño aquel grito del amor, que se escapa ahuyentado por la prosa de la vida y que aún contiene un esfuerzo generoso, y maldicen el día que se unieron á aquel hombre *cruel y descontentadizo*.

De esos maridos salen los hombres extraviados que olvidan sus deberes. Hallando su hogar sin calor y sin luz, van á llamar á los hogares ajenos; y si encuentran en algún otro lo que les falta en el suyo, esa cosa irremplazable que se llama *felicidad*, á la puerta de aquel otro hogar se dejan caer extenuados de fatiga, y allí encuentran casi siempre la copa del mal, que apuran para olvidar la pérdida de una dicha tanto más bella cuanto era más legítima, y el desencanto de toda su vida.

Conozco á un hombre de gran mérito, que me dice muchas veces:

—Ya hace veinte años que estoy casado, y me parece que fué ayer: tan dichoso soy en mi casa.

Clara, la mujer del hombre que esto dice, debe estar llena de un santo y legítimo orgullo. ¡Ojalá su esposo de usted diga esto mismo, cuando yo, pasado el triste estío de mi vida, amargado con penas que usted nunca ha podido sospechar, haya llegado al invierno de la vejez, y espere tranquila la hora de comparecer ante el Ser Supremo!

Ha dicho un gran escritor francés—perdón por esta alabanza á un hijo de mi patria—que el gran talento de la mujer consiste en ser ella la esclava, pero en hacer de modo que su marido lleve las cadenas. Yo añadiré que es forzoso conseguir también que las lleve contento y sin sentir su peso, porque el día que lleguen á fatigarle, no debe ya esperar su familia felicidad ninguna.

Hija mía, la esposa necesita un poco de engaño y de artificio, pero de ese engaño generoso que cubre los defectos de su carácter y de su persona, y presenta siempre el lado mejor, á la manera que buscamos la luz más á propósito para hacer resaltar las bellezas de un cuadro que tiene también algunos defectos; de ese artificio encantador que todo lo hermosea, lo anima, y por decirlo así, lo reviste de la luz plácida y serena de la dicha.

Necesita, ante todo, hacerse y hacer agradable la casa á su marido; necesita ser al mismo tiempo amorosa y digna, comedida y franca, respetuosa y respetable, coqueta y sencilla; laboriosa, sin pecar de prosaica; económica, sin ruindad; persuasiva,

sin bajeza; indulgente, sin debilidad; graciosa, sin amaneramiento; elegante, sin dispendio; piadosa, sin superstición; generosa, sin despilfarro; prudente, sin dureza; severa, sin acritud; modesta, sin hipocresía, y alegre, con moderación.

Y todo esto ha de serlo sin ostentación, porque es su deber, y ha de serlo, no sólo para su esposo, sino también para su familia y sus amigos.

Es preciso decirlo de una vez, mi querida niña: hemos nacido para el sacrificio y la abnegación. Nuestro deber es sufrir siempre y en todos los estados; pero, en cambio, Dios, padre generoso y compensador de todos los sacrificios y de todas las lágrimas; Dios, eterno protector de los débiles, da á la mujer honrada y buena los goces inefables del corazón, la pura satisfacción de la conciencia y la estimación de la sociedad.

Este convencimiento me ha sostenido á mi en las duras pruebas que he sufrido, y que le referiré cuando ciña á su hermosa frente el velo de las esposas; ahora ya llegué al puerto de paz, y si lloro, es por el pasado y sus tristes consecuencias, que aún reflejan su sombra sobre mi presente.

Clara, ninguna de las condiciones que ha enumerado me parece que será bastante á que usted sea dichosa con el hombre á quien cree amar, porque muchas veces sucede también que creemos lo que no es: su carácter de usted, hoy helado y duro, es un rico diamante que labrará, sin duda, un diestro lapidario, si se vale para ello de

la magia de su amor... ¿Quién será este hábil artífice? Seguramente no es César de Montemar, niño débil, soñador y caprichoso: uno solo conozco... uno solo... que haría de usted una mujer modelo, y con quien sería usted del todo dichosa, pues la educación de un esposo digno y noble, como él lo sería, se recibe con la risa en los labios y la felicidad en el corazón.

HONORIA.

XVI

César á Camilo.

Barcelona, Julio de 18...

Si amo á Clara ó no, no eres tú quien debe decirme.

Si la haré dichosa ó infeliz, tampoco eres tú buen juez para decidir tan delicado asunto.

Tú me reprendes, y no hay en el mundo hombre más débil, más impresionable, más esclavo de sus pasiones, ó, por mejor decir, de sus sueños.

¿Qué vale más en la vida, ir probando si se puede amar, ó amar de veras, y á lo menos tener ocupados el corazón y la cabeza?

¿Tú, Camilo, entregado á todo lo que tiene la

vida de más bello, á los placeres, á las diversiones, eres el que me juzgas y me reprendes?

Tú crees poder decir:—Así debe ser un esposo; esto debe hacer; esto debe sentir; así debe obrar; ésta ha de ser su vida.—¡Oh, vanidad estúpida y ciega! Cásate, Camilo, cástate, porque quiero ver pronto hasta qué extremo haces desgraciada á tu esposa, y que tú veas cómo la mía es feliz y respetada.

No te negaré que seré exigente y aun algo imperioso; no te negaré que deseo en mi mujer cualidades que no sé si las otras mujeres poseen; ¿y qué menos puedo pedirle que bondad y resignación? ¿Qué menos he de desear que un amor constante y sufrido? Creo que valgo, y tal vez por eso soy poco propenso al amor, y tengo el corazón casi virgen de impresiones.

Dentro de pocos días salgo para ir al lado de mi madre. ¡Cómo deseo abrazarla! ¡Cuánto recuerdo sus costumbres cristianas y patriarcales, la cortesía que nos exigía á mí y á mi pequeño hermano, las buenas formas á que nos obligaba!

Mi madre, severa, altiva, mesurada, respetable, es para mí el bello ideal de la mujer: por eso me agrada Clara. Creo que existe entre las dos alguna semejanza.

Una persona hay aquí á la que no puedo soportar: es la madre de mi prometida esposa. Ella me mira con recelosa desconfianza, y no disimula cierta altiva inquietud que la aqueja: no me agrada

dan las mujeres que á esa edad conservan, como la Condesa, la belleza del rostro y del talento; quiero mejor que las señoras mayores sean como mi madre, la que está tan entregada al cielo, que pocas cosas ve ya de la vida.

A pesar de mi próxima dicha, debo confesarte que me aburro: todo el día le estoy oyendo hablar de trajes, de sombreros, de encajes. El equipaje que se prepara para Clara es magnífico: ella gusta de probarse ante el espejo los vestidos que ya le traen hechos, con gran disgusto de su madre, que desearía que ella misma se los confeccionara.

Dícese por acá que la fortuna de la Condesa de Campoverde ha venido á reducirse mucho, y tal vez por eso mismo este casamiento ocasione grandes perjuicios á la madre de mi prometida esposa.

Ayer, al entrar en el salón, vi á Clara leyendo una carta con mucha atención; le pregunté que de quién era, y me dijo presentándomela:

—Es de Mérida.

Mérida es su hermana menor, no muy bonita, si bien un ángel del cielo, según he oído decir por acá: pero ese ángel está de más en el mundo para mí. Soy de opinión que la belleza es lo primero en una mujer, por más que sea una cosa muy efímera.

También las rosas duran poco, y, sin embargo, se las busca y se las ama.

Leí la carta, contra mi gusto, pues no me agrada leer cartas que no me interesan: no obstante,

á poco de tenerla en mis manos, llamó mi atención cierta cosa de su contenido. Mélida hablaba en ella á su hermana de otra joven compañera suya de pensión, enferma de una melancolía mortal: describíale en ella su belleza con tan magníficos y delicados colores, que no pudo menos de interesarme.

«Tú—le decía—hace ya largo tiempo que no ves á Valentina: figúrate una cara de nieve alumbrada por dos grandes ojos azules, con cejas y pestañas negras; una cabellera de ébano bruñido; una boca de coral y perlas; una frente modelada por las gracias; una garganta de nácar, y el talle más esbelto y delicado.

»La gracia de Valentina es incomparable; su risa la más dulce; el eco de su voz se asemeja á un canto.

»Si la vieras, te parecería una pobre y triste sombra, y la compadecerías profundamente.»

He aquí—pensé, al acabar de leer esta carta,—he aquí la mujer con quien tanto he soñado: ese es mi bello ideal. ¡Cuánto diera por saber la causa de su pena, y qué dulce y grato debe ser el consolarla!

Sí, Camilo: por más que tú digas, hay en mí alguna cosa que me arrastra al desgraciado de un modo irresistible, y, sobre todo, si el ser que padece es una mujer hermosa. Si uno consigue que le ame una mujer melancólica, ¡cómo puede contar con su amor, y qué exclusivo y apasionado

debe ser! No debe haber en el mundo placer igual al de oír decir á la mujer á quien se ama:

—¡Todo te lo debo á ti!

Quiero decirte la verdad: ahora deseo, mucho más que antes, ir á Urrea, pobre y pequeño pueblo donde se eleva el castillo señorial de mi familia.

¿Qué tendrá esa bella Valentina?

¿Por qué llorará, se quejará y estará enferma de melancolía?

¿Serán acaso las tuyas penas de amor?

Eso tampoco me parecería extraño, siendo, como es, tan bella y seductora.

Hija de unos labriegos, y viviendo triste y sola esa joven, adoraría al que la elevase á una posición brillante y consolase los sinsabores de su vida.

De esas mujeres reconocidas salen las esposas buenas, y esas son las que son siempre ejemplares, cualquiera que sea el método de conducta que con ellas se siga.

Si yo me casara con una joven como esa Valentina, me lo debería todo, y sólo estaría sujeta á mi voluntad.

Clara, por el contrario, se cree mi igual, y quizá tiene razón: todo la acerca á mí, y la encumbran además su talento y su brillante educación.

Me ama mucho: no puedo ni quiero negarlo; pero es con cierta especie de autoridad y como diciendo:

—Valgo más que tú.

No importa: yo sabré doblegar ese orgullo y hacerle humillar al amor. No me atemoriza este casamiento, pero tampoco lo deseo: veo que se abre una página del libro de mi destino, y que en él se van á escribir los caracteres de otra nueva fase de mi vida. ¿Cómo será esta página? ¿Negra? ¿Rosada? Veremos.

Me casaré en Urrea. Ya que vas á salir de París, adelanta tu viaje y ven á este pintoresco pueblecillo, donde la naturaleza ha sacudido su manto de flores.

CÉSAR.

XVII

Mélida á la Condesa.

Urrea de Falón, Julio de 18...

¿Cuándo vendrás á mi lado, querida mamá mía? ¿Cuándo podré sentir tus brazos alrededor de mi cuello, y podré besar tus grandes y hermosos ojos negros, en los que hallo escrita tanta ternura para mí?

Puesto que Clara ha de casarse aquí, en el castillo de la Mariscalá, ¿por qué no venís ya?

Yo te necesito, mamá mía: hay en mi cerebro

pensamientos extraños, que me ponen triste algunas veces. Aquí ha habido mudanzas que, más bien que para escritas, son para que tú vengas y las veas.

Tú has hecho de modo que aun viviendo separada de tu lado, te he considerado siempre como á mi mejor amiga: toda idea que no puedo comunicarte, se resiente á entrar en mi cabeza como absurda y culpable; jamás ha habido en mi corazón ni un pliegue para ti, y toda la dicha de mi vida es obra tuya, mi buena, adorada é indulgente madre.

¡Cuánto he compadecido, desde los más tiernos días de mi infancia, á aquellas niñas que se ocultaban de sus madres para hacer ó decir algo! ¡Qué triste debe ser eso, y cómo necesita el corazón de la ternura y santa confianza que una madre inspira!

Según mi antigua y grata costumbre, hoy he de confiarte una cosa por la primera vez: he conocido á un joven que dicen que me ama... Sí; todos lo dicen aquí, y el pueblo entero se halla tan escandalizado de que se atreva á quererme, que se ríen de él muchos, otros le reconviene y todos le critican.

Yo creía que no podía mandarse al corazón, y que el amor era una llama tan grande, tan sublime, tan noble y tan bella, que sólo Dios la encendía en el alma con su mirada divina, y que sólo Dios podía apagarla.

Pero ¿qué dirás, madre mía, al leer esto que te escribo? ¿Te reirás, como otras veces, de mis graves consideraciones? ¿Te extrañará esta confianza que te hago? Sea como quiera, ya ves cuánto necesito de ti; ya ves cuán precisa eres á mi lado; no dilates, pues, madre mía, tu llegada.

Este joven de que te hablo es hijo del alcalde; se llama Juan Bautista, y tiene un hermano dos años menor que él, que es el novio de María, la hija más pequeña del señor Herrera.

La boda de Juan Bautista con Valentina estaba tratada también desde hace tiempo, pues ya sabes mejor que yo que en los pueblos se destinan los niños unos para otros desde que nacen. Hace ya años que, según me ha contado Valentina, dijo el alcalde al señor Herrera:

—Antonio, tú tienes dos hijas; yo dos hijos: casémoslos así que tengan edad para ello; yo tengo algo más caudal que tú; en cambio, ellas son lindas como una plata; y siendo hijas de tu mujer, no hay que decir si serán buenas; con que está dicho.

El haberse encargado su tío de la educación de Valentina, y el haberla puesto en un colegio de Madrid, disgustó al alcalde, y más aún á su mujer, recta, grave y dotada de un exacto y justo raciocinio.

—No me gusta que esa muchacha, que ha de ser mi nuera, se eduque en la corte—dijo—para ser una buena ama de su casa, no necesitaba sa-

ber hacer flores, ni dibujar, ni tocar el piano, sino coser ropa de lino, hacer manteca y queso, dar de comer á las gallinas y limpiar su casa, sin olvidar el cuidado de la ropa de su marido.

Pero al llegar Valentina, su hijo mayor se puso tan contento del proyecto de boda de sus padres, y parecía tan deslumbrado con su hermosura, que la buena alcaldesa, al verle tan dichoso, perdonó á su futura nuera su brillante educación.

Bien pronto mi pobre amiga se llevó tras sí la antipatía de todo el pueblo: su desdén hacia su novio, hacia los padres de éste, sobre todo hacia su madre, que es severa en demasía; su aversión á esta villa sencilla y apacible, la hicieron aislarse, y todos se separaron de ella voluntariamente.

De los últimos fué Juan Bautista: aún creo que la amaba cuando llegué yo; pero entonces se operó en él un cambio que yo misma conocí, y que todos conocieron mucho antes de que yo me apercibiese de él siquiera.

Nunca me ha dicho que me quiere; sin embargo, se le conocía, y avergonzado de lo que él creía una ofensa hacia mí, dejó de venir á casa del señor Herrera, y se ocultaba cuando nos veía.

Sólo en la iglesia le hallaba alguna vez: era indudable que sufría cuando buscaba á Dios, porque tengo reparado, madre mía, que nuestro espíritu egoísta rara vez le busca en la felicidad.

Se iba poniendo enfermo y pálido; tanto, que unos veinte días después de llegar yo aquí, le dió

calentura, y no salía de casa; los padres y la hermana de Valentina iban á verle, y al volver decían que se hallaba muy mal, y que le había dado ictericia, hija de la gran tristeza que le dominaba.

El señor cura propuso al alcalde enviarle con un hermano que tiene en la grande y hermosa villa de Epila, que, como sabes, dista poco de aquí; este hermano es un escribano viudo con dos hijos de la edad de Juan Bautista, buenos y laboriosos muchachos, que es indudable le distraerán.

Yo me he refugiado en casa de la señora Mariscala, donde paso casi todo el día, porque parece que algunas personas allegadas á Juan Bautista, y sobre todo su propia familia, me miran con aversión.

El domingo pasado salía yo de misa con la señora Marta y Valentina, y pasó la alcaldesa por nuestro lado; echó sobre mí una mirada iracunda y exclamó:

—¡A qué vendrán aquí estas mojigatas madrileñas, y por qué Dios nos las enviará para alterar la paz de las familias!

Esto es injusto, ¿verdad, mamá? ¿Tengo yo la culpa de que me quiera ese joven? ¿No soy fea más que bonita? ¿He hecho yo algo para cautivar su atención? Bien sabe Dios, y tú, madre mía, que me conoces, sabes también que no.

Ya hace algunos días que se marchó Juan Bautista, y yo no me he atrevido aún á preguntar por

él: tanto es lo que temo que se burlen de mí, ó que me acusen de este interés tan natural como de una falta.

¿Estará peor? ¿Se morirá? ¡Ojalá jamás hubiera venido y me hubiera ido contigo á Barcelona!

Valentina, causa inocente de todos estos trastornos, parece haber tomado ya su partido.

No se queja ni llora; ya come y pasea; habla conmigo y me acompaña cada día á casa de la señora Mariscala, á la que agrada por su belleza y elegantes maneras. Yo creo que la sociedad de esta señora y la mía, aunque parezca algo de vanidad, es lo que ha reconciliado á esta pobre muchacha con su suerte.

Pero ¡ay! ¡cuán poco satisfacen á un alma recta estos efímeros consuelos que se apoyan en la vanidad! ¿Qué será de esta pobre criatura el día que nos vayamos á Madrid?

Ahora sí que, á lo menos por unos días, va á ser dichosa: la boda de César y de Clara traerá muchos convidados de la capital; ella se interesa sobremanera por todos los pormenores de este enlace, y parece envidiar la suerte de Clara. Me pregunta muchas veces por la figura y cualidades del novio: le enseñó su retrato, que la señora Mariscala tiene colgado á la cabecera de su lecho, y siempre acaba por decirme suspirando:

—¡Ah, qué dichosa es tu hermana!

Las dos nos estamos haciendo los vestidos que tú, mi querida mamá, nos has enviado, y que es-

trenaremos el día de la boda: ¡qué buen gusto has tenido! El de Valentina, de muselina de la India con ramitos de violetas, es precioso por su frescura; el mío, de tafetán blanco con lunares azules, es elegantísimo: yo me lo hago liso, y sólo llevará algunos lazos de cinta azul. Valentina le adorna algo más, y, es preciso confesarlo, con mucho primor; sin embargo, al mirar los dos, dice suspirando también:

—¡El mío es muy sencillo!

¡Qué triste propensión tiene á verlo todo por el lado obscuro! ¡Pobre Valentina!

Yo estoy llena de alegría con los dos trajes blancos que Clara me ha enviado; la señora Mariscala los ha completado con dos sombreritos, uno de paja y otro de crespón blanco, que me ha hecho traer de Madrid, y con dos lindos chales de gasa.

Cuando esta excelente señora se apercibió de lo que pasaba y de las habladurías del pueblo acerca del pretendido amor de Juan Bautista, se indignó; pero después se rió á carcajada de que supusieran que aquél se atravesase, no sólo á amarme, pero ni á mirarme siquiera.

—Quádate conmigo, hija mía—me ha dicho:—la tonta ha sido tu madre en enviar un cisne á una manada de osos.

Ven lo antes posible, madre mía: deseo mucho abrazaros á ti y á Clara, y empiezo á ponerme muy triste.

MÉLIDA.

XVIII

Juan Bautista al señor cura.

Epila y Julio de 18...

El malestar, la murria que me fatigan, no se van, señor don Justo: ya sabe usted que soy un buen muchacho, pero un poco brusco, y que llamo al pan, pan y al vino, vino; *murria* se llama esto, y nada más.

Cuando estoy al lado suyo, viéndola, oyéndola, para todo se me ocurren nombres más dulces; cuando no la veo, vuelvo á tener el carácter violento de mi madre.

Aquí estaría bien si no tuviera yo el alma tan tristemente ocupada. Su hermano de usted es un bendito señor: casi es tan bueno como usted mismo; sus dos hijos, Luciano y Vicente, no pueden ser mejores, y no saben qué hacer para distraerme; pero yo no puedo comer ni dormir, y tendré que volver adonde ella está.

Luego, esta vida ociosa me aburre mucho; ahí escribía en tiempo de vacaciones, estudiaba para el curso próximo, y ayudaba á mi padre á cuidar de su hacienda; aquí no hago nada, nada más que fastidiarme, porque cada hora se me hace tan larga como un siglo.

De la misma manera que nace una áspera zarza al lado de un delicado rosal, ha nacido este amor en mi alma, que antes estaba alegre. ¿Por qué permitirá Dios estas cosas? ¿Qué falta le hacía que yo me enamorase de este modo de la señorita Mélida, hija de una Condesa, y que estará servida por criados más finos que yo y más elegantes? ¡Cómo se burlará ella de mí! ¡Cómo se reirán todas las gentes del lugar! Cuando vuelva, ¡qué bromas tan pesadas me esperan! Y á pesar de todo, señor cura, yo voy á volver, y muy pronto... no puedo vivir aquí... ¡He de decirle que la quiero, aunque me arroje para siempre de su vista!

¿Verdad, señor don Justo, que hay en ella alguna cosa que no tiene nadie? Me parece que en mi afecto entra algo de lástima y de compasión... ¡Es tan joven... tan débil... tan dulce!... ¡Cómo la cuidaría yo si fuera mi mujer! Para ella llegaría á tener un nombre distinguido entre los abogados, y ganaría dinero para que nada le faltase ni descendiese de su rango. Sí: yo la miraría con más amor y respeto que cualquiera Conde ó Marqués con quien su madre la casara.

Yo haría de modo que sus piececitos sólo pisaran flores; que nunca le faltasen lindos vestidos, como á ella le gustan, pues ya sabe usted que no quiere nada caro; yo haría que todo lo que la rodease fuese como ella: puro, fresco y encantador.

¡Pero yo no me explico de qué modo he llegado

á quererla de esta suerte! Es mucho más bonita que ella su sobrina de usted, porque Mélida no es bonita, no: su cara pálida es dulce; sus ojos azules, muy rasgados y muy expresivos... nada más.

Y, sin embargo, yo la veo á todas horas y de todos modos. Si miro al agua, allí está su cara; si al cielo, allí está también; cada joven que veo se me figura ella; enfrente de mí está siempre con su suave sonrisa y su carita apacible. A veces me parece que nos hallamos los dos bajo el verdor de los árboles de una praderita esmaltada de flores: ella borda, y yo leo en voz alta para que me escuche; entonces me parece que cuanto hay de rudo y tosco en mi ser se vuelve para ella dulce y tierno; me parece que yo solo tengo en el mundo el poder de hacerla feliz, y de separar todos los abrojos del camino de su vida.

¿Ha reparado usted, señor don Justo, usted que ha viajado y que es un hombre de mundo, ha reparado qué luz brota de ella misma para iluminar todo lo que la rodea? Yo no sé lo que hay en Mélida que no he visto ni pienso hallar en otra mujer... ¿Será el reflejo de su alma de ángel? ¡Qué gracia púdica y suave en todos sus movimientos! ¡Qué tranquila serenidad en ella: ora borde, haga flores ó lea, qué superior se muestra siempre y cómo ennoblece cuanto se le acerca! El que viva al lado suyo tiene la obligación de ser grande; el que la haya visto y le separen de ella, quedará como el ciego después de haber vivido en la luz.

¡Qué dichoso es mi hermano Santiago! Él se casará con María, y será feliz á su manera; yo, aunque Valentina no hubiera venido tan cambiada, aunque no hubiera salido de aquí, sólo me hubiera contentado su hermosura hasta ver y oír á la señorita Mérida.

Valentina tiene la belleza del cuerpo, y deja el alma del que la mira fría como lo está la suya.

La belleza de Mérida es la del alma: es una luz que calienta con sus rayos, y, como dije antes, todo lo ilumina.

Señor cura, yo he leído pocas novelas; pero he pensado mucho, porque, á pesar de mi rusticidad natural aparente, hay en mí algo grave y reflexivo. Las mujeres como Mérida son esas que inspiran pasiones fuertes é imborrables; no es preciso que sean hermosas para hacer para siempre esclavo al corazón: basta con que tengan ese sello divino de talento y de bondad.

Yo no sé, no puedo explicar lo que sentí al verla por la primera vez: me parecía que hacía ya mucho tiempo que la conocía, y ¡cosa extraña! me pareció también que hacía ya mucho tiempo que la esperaba.

Y bien, señor don Justo, yo no soy ningún loco, y algunas veces me detengo á reflexionar, y me pregunto lo siguiente:

«¿Qué haces tú con amar á esa noble señorita? ¿Te la darán por esposa, pobre Juan Bautista? No, y mil veces no.

»Se reirán de tu osadía en mirarla, pues ni siquiera creerán digno de enojo tu atrevimiento, sino de burla; te llamarán labriego, rudo y soez, y te dirán que la orgullosa Condesa de Campo-verde tiene en sus antecámaras criados más cultos y finos que tú.»

Otras veces soy tan necio, que me figuro que me van á dar á Mérida, convencida su familia de lo mucho, de lo inmensamente que la quiero.

Entonces la alucinación llega á tanto, que se me figura verla al lado mío en casa de mis padres, y que mi madre, cuyo genio áspero y regañón tanto nos hace sufrir, la obliga á los oficios más penosos, y la regaña y se burla de sus humos de señorita, como ella dice; me parece que veo á Mérida pálida, desfigurada y enflaquecida, que murmura en voz baja, pero con un acento que resuena en el fondo de mi corazón:

«¿Por qué no he muerto antes de casarme contigo? ¿Por qué no me defiendes de tu madre? ¿No ves cuán dura y cuán exigente es conmigo? ¡Ah, desgraciada de mí, que consentí en ser tu esposa!»

De esta suerte, señor cura, paso del terror á la esperanza, y de los sueños de una felicidad exagerada, á la realidad más triste; luego, esta ociosidad forzosa me consume, me mata.

Alcánceme usted de mi padre el permiso de ir á la ciudad para ocuparme en algo: quiero trabajar para acercarme á ella, aunque sólo sea eleván-

dome por mi laboriosidad, y por levantarme algo de mi esfera, siquiera sea por mí solo y á costa de mil fatigas; además, así creo que seré más dichoso. Aquí no puedo vivir: no sé qué hacer, me ahogo, y al mismo tiempo parece que tengo dentro del alma el frío de la muerte.

Si algún día la hallara en la sociedad, siendo yo una persona distinguida, bien como letrado, como escritor ú ocupando un puesto elevado en cualquiera de los ramos del saber humano... pero no, no: no puede ser; soy tan rudo, tan brusco... mis maneras son tan vulgares... en una palabra, *¡estoy tan lejos de ella!*...

Señor don Justo, aconséjeme usted. Mi padre no sabría qué decirme, y llamaría delirios á esta enfermedad de mi alma; mi madre, con su duro carácter, me da miedo: sea usted todo para mí, y le promete obedecerle, ser humilde y bueno, su desgraciado hijo y seguro servidor,

JUAN BAUTISTA VALDÉS.

XIX

La Mariscalá á la Condesa.

Castillo de Montemar, Agosto de 18...

Déjalo todo, vente y trae á nuestros hijos.

Luisa, por el amor de Dios, aquí se acabarán las galas de Clara; haremos venir de la ciudad seis, ocho, veinte costureras, si son precisas; mis cuatro camareras coserán también; además está la aldeanita Herrera, que cose al vapor; únicamente no te nombro para la costura los ágiles dedos de tu Mérida, pues me irrita y me indigna el que la hayas hecho aprender á coser como una rústica labriega.

¡Ay, Luisa! Tus manías plebeyas, permíteme que te lo diga, nos han traído el conflicto en que estamos.

Si ese joven no la hubiera conocido entre esas gentes rústicas adonde la has enviado; si no la hubiera visto coser, bordar y usar vestidos de á cuatro reales vara, no le hubiera ocurrido la gran locura de enamorarse de ella.

Pero, ¿qué hablo de amor? ¿Acaso esta gente puede sentirlo? No: el amor es un conjunto de

galantes y delicadas atenciones, de respeto rendido y de estimación, que no cabe en esas almas vulgares y mezquinas... Yo estoy aturdida del atrevimiento de ese joven; y tanto, que antes de hablarte de él he escrito á mi hermano el Arzobispo para pedirle consejo: me ha dicho que te participe al instante lo que pasa.

Pero no lo he hecho porque estoy dolorosamente asombrada: al principio, y mientras sólo juzgué lo que sucede como hijo de la estúpida vanidad de ese rústico, lo eché á risa... Sí; me reí muchísimo... ahora ya no; la cosa ha variado de aspecto... ahora ya no puedo ni rezar, ni comer, ni hallo sosiego un instante... Luisa, ven sin tardanza.

Ya ves si anhelo abrazar á mi hijo; pues bien: en la ocasión presente, más deseo verte á ti que á él, y esto basta para que conozcas cuál es el estado de mi espíritu.

Te contaré como pueda lo que ocurre; y digo como pueda, porque á la gran confusión de mi ánimo se añade ahora la poca costumbre que tengo de escribir, lo que, como sabes, hace siempre mi secretario.

Uno de los hijos del alcalde, muchacho callado, taciturno y con sus humos de señor, empezó á mirar á tu hija de modo que no separaba sus ojos de la carita de Mélida, ni su silla de la que ocupaba la niña.

La gente desocupada y ordinaria de Urrea lo

notó muy pronto, y empezaron los comentarios, por lo que yo he visto después.

Pero á mí no llegaban: siempre he procurado—como dice mi hermano el Oidor—colocarme lo más alto posible, y de este modo me libro bastante de la picadura de los abejorros.

Calcula tú si en Madrid hago eso, lo que haré aquí: sólo veía al Vicario, hombre digno é ilustrado, y á quien aún parece haber ennoblecido la religión más que su cuna, que es ilustre sin disputa; á su hermana Casilda, buena y severa mujer, á quien conozco y estimo desde que ambas éramos jóvenes, y á tu hija, á quien ya sabes que quiero tanto como si fuera mía.

De esta suerte, debía tardar en apercibirme de lo que se decía por el pueblo, y, en efecto, no lo supe hasta que me lo notició mi doncella doña Ursula.

El oírle decir á ella, que es tan reservada y comedida, *que el hijo del alcalde estaba enamorado de la señorita Mélida*, me produjo el efecto de un tiro; pero luego me eché á reír á carcajadas.

—Señora—me dijo la buena Ursula,—crea vuecencia que todo el pueblo habla de eso: si no fuera cosa cierta y sabida, no me atrevería yo ni á nombrarlo siquiera.

Volvió á hacerme reflexionar el tono de convicción de aquella buena mujer, y de nuevo volví á reirme.

No podía creer que el hijo del alcalde se atre-

viere á pensar en la señorita de Campoverde: eso me parecía tan imposible, que no cabía en mi entendimiento.

Al fin, acabé de tranquilizarme al saber que el muchacho había salido de Urrea por disposición de su familia; pero esta tranquilidad mía duró poco, porque me dije:

—Cuando le alejan de ella, algo habrá.

En efecto: ¡algo y aun más que algo había!

Mélida empezó á enflaquecer... Su encantadora y suave palidez se trocó en el quebrado color de la enfermedad; sus ojos, tan grandes y tan dulces, se han hundido; pero ella no sabe nada de esto: viéndose todos los días en el espejo, no conoce el cambio doloroso de su fisonomía.

Estoy asustada, Luisa; tan asustada, que no sé lo que pasa por mí. Mi pequeño Aurelio me halla siempre de mal humor, y eso que ya sabes que, á pesar de mi aparente severidad, adoro á mis hijos; hasta las ganas de comer he perdido, y dicen los criados que me sirven más de cerca, que la cocinera no sabe qué hacer para despertar mi apetito.

¡Condesa, Condesa! Nunca me cansaré de decírtelo. El único defecto de ese ángel que Dios te dió por hija, era la sencillez plebeya de sus gustos, defecto que tú has fomentado. Ha sucedido lo que era de esperar; ese rústico, que no tendrá poco de vanidoso, al verla coser y vestir percal, se habrá dicho que es igual á ella, y habrá

pensado que podía aspirar á ser el esposo de la que no debía quererle para criado; es como si mi hijo César hubiera venido aquí antes de ver á tu Clara, y se hubiera prendado de Valentina Herrera porque es muy linda y tiene maneras bastante distinguidas. El caso es igual; pero te aseguro que antes encerraría á César como á un niño pequeño y le tendría ayunando á pan y agua hasta que cediera, que asentar á semejante locura. ¡Dios mío! ¡Sólo el pensarlo creo que me causa fiebre!

Ya ves que nada te digo ni de mi hijo ni de Clara: á ésta la he mandado traer de París cosas que la sorprenderán. Nada quiero decirte, para que tú también te maravilles: mi hermano, el Arzobispo, ha ido á Madrid con el objeto de poner en movimiento á todos nuestros amigos, á fin de obtener para César un título de Castilla con grandeza.

¡Qué hermosa estará nuestra Clara con una corona de Marquesa! ¡Qué decoro sabrá darle! Pero nada de esto me hace olvidar á mi pobre Mélida, víctima de la sencillez de su madre; pasa todo el día á mi lado, y por eso te puedo decir, sin temor de equivocarme:

—¡Ven al instante, ó, de lo contrario, llegarás muy tarde!

LA MARISCALA BRIANDA GIRÓN
DE MONTEMAR.

XX

La Condesa á Mélida.

Barcelona, Agosto de 18...

¡Qué! ¿Estás enferma y nada me dices en tu carta, hija mía? ¡De todo me hablas menos de eso! ¿Debía yo saberlo por otra persona que no fueras tú?

¿Por qué he perdido ya tu confianza, Mélida? ¿Tienes acaso alguna queja de tu madre? Sufres, y, como si te avergonzaras de ello, apenas me lo dejas adivinar, y ha tenido que decirme la Mariscalá que estás abatida y triste, para que yo lo supiera y para que volara hacia ti.

Tu tía está enferma, y esa es la razón por la que aún permanecemos aquí; pero tú sufres, y yo no puedo dejar de correr á tu lado: esta noche salgo con Clara, y en breve te estrecharé contra mi corazón.

Mas hasta tanto que te vea, debo tranquilizar tu espíritu, hija mía: no hay ningún mal en que tú hayas inspirado amor á ese joven, ni lo hallo tampoco en que le ames tú. Sólo deseo para vosotras un hombre honrado que os respete y

estime, al mismo tiempo que sinceramente os quiera.

Además, hija mía, ¿no eres tú buena para la vida sencilla y apacible del campo? ¿No es ésta la que prefieres y á la que has sido inclinada siempre? ¿Y crees que tu madre, que tanto te ama y que sólo desea tu dicha, había de condenarte, por vanidad, á ser la esposa de un hombre á quien no amases?

No, mi adorada Mélida; yo quiero, ante todo, vuestra dicha. Ten esperanza: cuando yo vaya, procuraremos que vuelva Juan Bautista, quien, según me dice la Mariscalá, ha salido del pueblo; le hablaré, le observaré y sabré lo que pasa en su corazón y si es digno de ti.

¿Qué se escapa á los ojos de una madre? ¿Y qué no penetrarán los míos, tratándose de la dicha de toda tu vida?

No puedo explicarme por qué te has dejado abatir de esa suerte, y á veces temo que Dios me tenga destinada para siempre á ser desgraciada en mi amor maternal. ¡Oh! ¡Cuando veía á Clara próxima á ser dichosa, ha hecho presa en ti el dolor! ¿Y por qué? ¿Qué temes? Acaso, pobre hija mía, no conoces, no sabes dónde está la herida de tu corazón; pero, cuando sufrías, ¿no has recordado que la Virgen María es la abogada de nuestro sexo, la mejor amiga de la mujer? ¿Cómo, al levantar los ojos á su divina imagen, no han nacido en tu alma la serenidad y la esperanza?

Escucha: yo tenía, cuando era de tu edad, una amiga á la que quería en extremo.

Amigas nuestras familias también, enlazadas por vínculos de reconocimiento mutuo y por ese afecto íntimo que tan raro es en la vida, pero que, si nace en almas escogidas, es eterno, juntas crecimos, y habiendo quedado yo desde muy joven sin madre, la suya me dedicó una parte de sus cuidados.

No obstante, aquella señora jamás pudo ser nuestra amiga: era irreprochable, y como tal, severa; su semblante grave é impasible nos imponía respeto y nos inducía al silencio, al que seguía la tristeza, pues la juventud necesita jovialidad y confianza, como las flores brisas y luz.

Yo tenía un aya, que era buena, dulce y piadosa; muchas veces me decía, al verme propensa á la melancolía:

—Hija mía, se debe mirar alguna vez al cielo para conformarnos con más facilidad con las miserias de la tierra: eleve usted los ojos, y no los baje; rece, y no gaste el tiempo en quejarse vanamente de los mortales; cuando la aflija algún pesar, póstrese usted á los pies de una imagen de la Virgen Santísima, cuéntele su pena y la consolará.

Así lo hice, en efecto, y jamás me levanté de ante las divinas plantas de la Madre de Dios sin dejar allí una parte, á lo menos, de mi dolor.

Mi pobre amiga se iba volviendo, por el con-

trario, cada día más reconcentrada y silenciosa. Esas vagas tristezas que atormentan á las jóvenes y que sólo son la necesidad de amar y de ser amadas, tomaron en ella el carácter alarmante y sombrío de graves desgracias: veíalo todo negro, fatídico, desesperante; era que no rezaba, y que su madre, amargada á su vez por decepciones, y orgullosa por la intachable pureza de su conciencia, se había vuelto algo indiferente y dura, y no cuidaba de avivar en su alma la santa luz de la fe.

Una pasión contrariada vino á colmar la medida de las penas de mi desgraciada amiga, cuya vida fué un continuado tormento de esos que no se compadecen, porque son inmotivados, ó están apoyados sólo en las quimeras de la imaginación, en las desigualdades del carácter y, sobre todo, en la falta de fe, de esperanza y de conformidad.

Tú sabes, hija mía, cuánto me ha probado la suerte, y cuántas amargas ha derramado la mano de Dios sobre mi vida; pues bien: cuando más agobiada estaba con mis penas; cuando perdí á mi madre y á tu padre; cuando nuestra fortuna quedó reducida casi á la medianía, me acordaba del consejo de mi aya: miraba al cielo, y allí veía escrita con estrellas esta palabra: «¡GLORIA!»

Miraba los altares, y los dulces y elocuentes ojos de María me decían al fijarse en mí:

«¿Por qué te quejas, pobre hija mía? ¿Qué valen tus penas con los martirios que yo he sufrido? Yo, que era la Madre del Señor del cielo y tierra; yo,

la más perfecta de las criaturas, he llorado y he estado sujeta á todos los más acerbos dolores de la mujer y de la madre. ¡Llora, sí! El llanto es un consuelo para el débil corazón humano; pero espera, que es también una virtud, y yo te abriré mis brazos.»

Pues bien, Mérida: hasta que vaya yo, que la Virgen sea tu amiga y protectora; y sobre todo, hija mía, no te desanimes. Te lo repito: sólo quiero verte dichosa; te casarás con aquel á quien ames, si es digno de ti y si su carácter se aviene con el tuyo.

¿Me prometes que te veré alegre y sonrosada? Mira que muy pronto estaré á tu lado, y que no es justo que me recibas con tristeza.

No abandones la compañía de la Mariscala hasta que llegue yo, y recibe los abrazos de tu hermana y de tu madre

LUISA.

XXI

El señor cura á Juan Bautista.

Urrea de Jalón, Agosto de 18...

¡Cuánto dolor hay en tu carta, mi querido Juan Bautista! ¡Y cómo se manifiestan tu clara razón y tu bello natural, aun en medio de los sueños de tu imaginación y de tu inexperiencia!

Bien has hecho en acudir á mí, hijo mío; ya sabes que te quiero con el alma y que no había de reñirte. ¿Por ventura es fácil mandar al corazón? No, y yo lo sé mejor que nadie: primero, por mi propia experiencia; después, por lo que he observado durante el largo tiempo que he recorrido el mundo.

Hijo mío, debo hablarte como padre, tanto porque mi corazón, que mucho te ama, me inclina á ello, cuanto porque de otro modo no correspondería á la confianza que de mí haces; pero lo haré sin acritud, sin aspereza y sin reconvenciones. Soy ministro del Dios del amor y del perdón, cuyo Hijo vino al mundo con la miel de la persuasión en los labios, y que llevaba en su espíritu la melancolía de su propia grandeza.